

Ga
ESTUDIO



SILENCIO... SE SUEÑA

PILAR LUCÍA LÓPEZ

SILENCIO... SE SUEÑA

PILAR LUCÍA LÓPEZ



Primera edición: mayo de 2016

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Coordinación gráfica: Lara Peces
Cubierta: Julián Muñoz

© Pilar Lucía López Jiménez, 2016
© Ediciones SM, 2016
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-8578-0
Depósito legal: M-9390-2016
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A mis hijos, Inés y Daniel.

Vivir al borde de la vida
en la frontera del amor y del deseo,
sentir al límite la fuerza
del corazón y del cerebro.

En un momento, el gozo,
en el otro, el tormento.
La libertad camina
con sus miedos.

El ayer y el mañana
son el ahora mismo.
El instante tiene
la redondez del círculo.

A caballo, a galope,
¡que se va vuestro tiempo!
No dejéis que se escape
ni tan solo un momento.

Llenad la joven copa
de música, de amigos,
de deseos, preguntas,
de amores y de libros.

En medio está uno mismo,
mirándose al espejo,
buscándose y perdiéndose
en ese laberinto.

PILAR LUCÍA

1

El columpio

¡Qué bien se está en casa cuando todos se han ido! Me ha costado lo mío convencer a mi madre de que puedo sobrevivir unos días sin ella. «Ten cuidado con el gas, deja cerrada la llave de paso. No comas demasiadas hamburguesas. Airea tu cuarto por la mañana. Y por favor, dúchate a diario, que estás en una edad muy olorosa».

Mi madre es capaz de soltar veinte órdenes por minuto. Creo que, si lo midiera, batiría algún récord: es así de pesada. Yo asiento a golpes de barbilla y cierre de ojos, que sí, que está bien, que vale. Todo sea por la paz que me han dejado. Me tumbo en el sofá, así, a mis anchas, disfrutando el momento.

Creo que fue mi padre el que la convenció, es un decir, de que ya no tiene un niño, que he crecido, y que se haga a la idea. «Pero no ves», le dijo, «que es más grande que un serón». Esa palabra no es suya, es del abuelo Julio, y a mí me hizo gracia la comparación con esas bolsas que llevaban los burros en el lomo cuando íbamos al pueblo de pequeños.

–Un beso, hijo –exige mi madre antes de irse–. ¿Cómo te has convertido en un erizo? –protesta luego.

Yo le acercó la oreja de lado y su beso cae en mi flequillo.

–Vamos, mamá –grita mi padre desde abajo–, que ya tengo todo en el coche y se hace tarde.

Hace tiempo que mi madre perdió su nombre propio, y no sé si nos respondería por Marina.

–Ya voy, Julio, qué prisas... Y tú recuerda todo lo que te he dicho, niño. Llama por teléfono todas las tardes, que para eso te pago una tarifa plana.

El momento despedida-puerta-coche-salida se me hizo interminable. Pero al fin acabó. Sí, conseguido. Estaré solo, solito, todo el puente. Este chalé será mi territorio para hacer lo que me dé la gana. Saboreo por dentro estas palabras: lo que me dé la gana.

¡Qué gusto pisar el suelo con los pies descalzos! Mamá no lo soporta. Y andar vestido solo con el pantalón del pijama. Comeré cuando tenga apetito. Me ducharé o no según me apetezca, me pasaré toda la mañana en la cama sin oír ni un solo reproche o me levantaré pronto para correr un poco.

Me voy a la cocina a celebrarlo con un buen desayuno, tranquilo y relajado. Abro el frigorífico y saco tres naranjas para hacerme un zumo, un tetrabrik de leche y un tomate para untarlo en el pan con sal y aceite. Qué rico todo. Voy a tratarme como un rey, así es como me siento. *Tengo un hambre de lobo*, me digo, rascándome la tripa y dándome unos golpecitos en mis abdominales poco desarrollados.

Desde la ventana de la cocina veo el pequeño jardín que cultiva mi madre. Se le da bien cuidar de otros seres; creo que lo mismo le da que sea un rosal, mi padre o yo mismo. Desde que fue madre, está convencida de que ese es su destino. Nunca lo ha confesado, pero creo que no es feliz del todo, aunque le crezcan bien las aromáticas y presuma de las mejores rosas de la urbanización. La verdad es que el jardín

de mi madre parece sacado de una revista de esas que ella acumula en la mesita baja del comedor. Yo casi no lo piso por no llevarme broncas. Está ahí como un decorado desde hace mucho tiempo.

De pequeño sí salía a jugar. Recuerdo la piscina azul hinchable con delfines pintados en la que me remojaban en verano, mientras yo chapoteaba con los brazos y salpicaba agua por todas partes. Mi padre guarda en su cuarto lo que él llama «el vídeo de la familia feliz». A mi madre aún le brillan los ojos, si le da por ponerlo. En cambio, a mí me da vergüenza ese niño en pelotas, gordo con michelines, que se ríe a lo tonto babeando.

Mientras bebo despacito mi zumo, saboreando ese momento, oigo un ruido metálico, chirriante, con un ritmo que suena conocido. Viene del patio trasero.

Con el vaso en la mano, salgo hacia allí y contemplo el columpio que usaba cuando era niño. En el asiento rojo, ya muy descolorido, hay una niña pequeña con un pijama verde, estampado con un pato amarillo casi tan grande como ella.

¿Qué hace aquí? ¿De dónde ha salido? Se mueve suavemente, con mucha dificultad, encogiendo sus piernas regordetas. Se sujeta a las cadenas con las dos manos bien apretadas, sin conseguir nada más que un leve balanceo.

La contemplo un buen rato. No tendrá más de cuatro o cinco años. Está ahí tan pancha, ajena por completo a la invasión que hace de mi espacio privado. Me apoyo en el pino para espiarla a gusto, pero hago crujir una rama y ella ladea la cabeza y descubre mi escondite.

–¡Hola! ¿Me empujas un poquito! –me dice tan tranquila.

No le respondo y la sigo mirando, algo desconcertado. ¿Por dónde habrá entrado esta cría? ¿Será de algún vecino? ¿Se habrá perdido?

–Oye –insiste–, por favor, ¿me empujas un poquito, que yo no puedo sola?

Con la mano abierta, doy un pequeño impulso en su espalda redonda. El columpio se eleva un tanto del suelo.

–Un poquito más fuerte, pero no mucho –grita la niña entusiasmada, mientras el flequillo se separa de su frente y ondea como una cortina movida por el viento.

La obedezco de nuevo, pero me arrepiento enseguida. Me parece que el columpio se eleva demasiado, y que podría hacerse daño o caer por mi culpa. Me siento responsable como un padre, freno la inercia del movimiento sujetando las cadenas con las manos.

–No, no tan fuerte, que puedes hacerte daño. Suavecito, vale, así –le ordeno decidido.

–Vale, es que me gusta volar –se disculpa la niña.

–Aún eres muy pequeña –le contesta el adulto-padre que llevo dentro.

–¿Puedo volver mañana? –dice bajándose del asiento y dando un pequeño salto.

Me sorprende la pregunta, puesto que esta vez no ha pedido permiso para entrar.

–Claro –le digo, y le acaricio la cabeza con otro gesto que ya no es de padre, sino del abuelo Julio.

–¿Me enseñarás a volar en el columpio? –me preguntan dos ojos como platos de color claro.

–Vale, de acuerdo, pero poquito a poco.

No me contesta. Me da un beso leve de pajarito en la mejilla y se va trotando por donde había venido. Empuja sin esfuerzo la valla de madera y me doy cuenta de que alguien la ha dejado abierta por descuido.

Cuando se va, me siento en el columpio, arrastrando la mitad de mis largas piernas por el suelo. Me sobran de la rodilla para abajo, y es imposible siquiera el balanceo.

Ya nunca más volveré a ser niño. Es así como lo comprendo. De repente, siento un nudo en la garganta y trago saliva con sabor a naranja. El asiento rojo me transporta al pueblo de mi abuelo Julio. Aquel sí que era un columpio de verdad. Lo hizo para mí con sus manos. Dos cuerdas fuertes atadas a dos pinos cercanos, una rueda como asiento. Eso era todo, pero era estupendo.

Me recuerdo muy tímido, casi encogido. Un poco cobarde. «Prudente», decía mi madre por aquello de no traumatizarme.

Fue el abuelo quien me enseñó a superar mi miedo a despegar de la tierra en el columpio. Me empujaba despacio. Con un ritmo suave. Yo notaba sus grandes manos en mi espalda a cada ida. «Luego», decía, «encoge tú las piernas para atrás y date impulso». El corazón me latía con más fuerza a cada subida. Me daba miedo y risa al mismo tiempo. «Agárrate fuerte, amigo», me animaba. Las cuerdas crujían por el roce con los árboles, mientras yo me elevaba hasta las ramas y volvía en una ola interminable. Notaba el aire en los ojos y los cerraba para tomar impulso. Al tiempo, flexionaba las piernas y me dejaba ir. Un día me sentí más seguro. Noté que mi espalda se enderezaba sola y que mi movimiento era más fluido. Me sentía volar y era feliz con eso.

Mi abuelo seguía allí cercano, pero ya no me empujaba como antes.

–Muy bien, hijo. Ya has aprendido. Ahora tendrás que hacerlo solo.

Por entonces, yo ignoraba que sus palabras eran una profecía. Yo no sabía que estaba muy enfermo. Él sí sabía que le quedaba poco tiempo. Me di cuenta mucho más tarde de que simplemente se estaba despidiendo de mí.

Cuando murió mi abuelo, no pude ir a su entierro. Mi madre dijo que eso no era para niños. Que yo era muy

impresionable, eso dijo, y me quedé en casa de los tíos. No lloré, pero supe que nunca más volvería a sentir sus manos seguras en mi espalda.

Se me han quitado las ganas de llamar a los colegas y hacer un fiestón esta tarde, como habíamos planeado.

Bueno, al fin y al cabo, me he quedado solo en casa para hacer lo que me dé la gana, ¿no? Pues eso haré. Voy a buscar el álbum de fotos de lomo rojo. La etiqueta pone «Verano en el pueblo». Me siento en el sofá y abro las hojas negras recubiertas de plástico. Ahí estoy yo con mi rueda, mis pantalones cortos, sentado en el columpio.